



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 7 de septiembre de 1988

El sacrificio de Cristo, cumplimiento del designio de amor de Dios mismo

1. En la misión mesiánica de Jesús hay un punto culminante y central al que nos hemos ido acercado poco a poco en las catequesis precedentes: Cristo fue enviado por Dios al mundo para *llevar a cabo la redención del hombre* mediante el sacrificio de su propia vida. Este sacrificio debía tomar la forma de un "despojarse" de sí en la obediencia hasta la muerte en la cruz: una muerte que, en opinión de sus contemporáneos, presentaba una dimensión especial de ignominia.

En toda su predicación, en todo su comportamiento, Jesús es guiado por la conciencia profunda que tiene de los designios de Dios sobre su vida y su muerte en la economía de la misión mesiánica, con la certeza de que esos designios *nacen del amor eterno del Padre* al mundo, y en especial al hombre.

2. Si consideramos los años de la adolescencia de Jesús, dan mucho que pensar aquellas palabras del Niño dirigidas a María y a José cuando lo "encontraron" en el templo de Jerusalén: "¿No sabíais que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?". ¿Qué tenía en su mente y en su corazón? Podemos deducirlo de otras muchas expresiones de su pensamiento durante toda su vida pública. Desde los comienzos de su actividad mesiánica, Jesús insiste en inculcar a sus discípulos la idea de que "*el Hijo del Hombre... debe sufrir mucho*" (Lc 9, 22), es decir, debe ser "reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, *ser matado* y resucitar a los tres días" (Mc 8, 31). Pero todo esto no es sólo cosa de los hombres, no procede sólo de su hostilidad frente a la persona y a la enseñanza de Jesús, sino que constituye el cumplimiento de los designios eternos de Dios, como lo anunciaban las Escrituras que contenían la revelación

divina. "¿Cómo está escrito del Hijo del Hombre que sufrirá mucho y que será despreciado?" (Mc 9, 12).

3. Cuando Pedro *intenta negar* esta eventualidad ("...de ningún modo te sucederá esto": Mt 16, 22), Jesús le reprocha con palabras muy severas: "¡Quítate de mi vista, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres" (Mc 8, 33). Impresiona la elocuencia de estas palabras, con las que Jesús quiere dar a entender a Pedro *que oponerse al camino de la cruz significa rechazar los designios del mismo Dios*. "Satanás" es precisamente el que "desde el principio" se enfrenta con "lo que es de Dios".

4. Así, pues, Jesús es consciente *de la responsabilidad de los hombres* frente a su muerte en la cruz, que Él deberá afrontar debido a una condena pronunciada por tribunales terrenos; pero también lo es de que *por medio de esta condena humana se cumplirá el designio eterno de Dios*: "lo que es de Dios", es decir, el sacrificio ofrecido en la cruz por la redención del mundo. Y aunque Jesús (como el mismo Dios) no quiere el mal del "deicidio" cometido por los hombres, acepta este mal para sacar de él el bien de la salvación del mundo.

5. Tras la resurrección, caminando hacia *Emaús* con dos de sus discípulos sin que éstos lo reconocieran, les explica las "Escrituras" del Antiguo Testamento en los siguientes términos: "¿No era necesario que el Cristo padeciera esto y entrara así en su gloria?" (Lc 24, 26). Y con motivo de su último encuentro con los Apóstoles declara: "Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí" (Lc 24, 44).

6. A la luz de los acontecimientos pascuales, los Apóstoles comprenden lo que Jesús les había dicho anteriormente. Pedro, que por amor a su Maestro, pero también por no haber entendido las cosas, parecía oponerse de un modo especial a su destino cruel, hablando de Cristo dirá a sus oyentes de Jerusalén el día de Pentecostés: "*El hombre... que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios; a ése vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de impíos*" (Act 2, 22-23). Y volverá a decir: "Dios dio cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los Profetas: que su Cristo padecería" (Act 3, 18).

7. La pasión y la muerte de Cristo habían sido anunciadas en el Antiguo Testamento, *no como final* de su misión, *sino como el "paso" indispensable* requerido para ser exaltado por Dios. Lo dice de un modo especial el canto de Isaías, hablando del Siervo de Yavé, como Varón de dolores: "He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera" (Is 53, 13). Y el mismo Jesús, cuando advierte que "el Hijo del Hombre... será matado", añade que "resucitará al tercer día" (cf. Mc 8, 31).

8. Nos encontramos, pues, *ante un designio de Dios* que, aunque parezca tan evidente, considerado en el curso de los acontecimientos descritos por los Evangelios, sigue *siendo un misterio* que la razón humana no puede explicar de manera exhaustiva. En este espíritu, el

Apóstol Pablo se expresa con aquella paradoja extraordinaria: "Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Cor 1, 25). Estas *palabras de Pablo sobre la cruz de Cristo* son reveladoras. Con todo, aunque es verdad que al hombre le resulta difícil encontrar una respuesta satisfactoria a la pregunta "¿por qué la cruz de Cristo?", la respuesta a este interrogante nos la ofrece una vez más la Palabra de Dios.

9. Jesús mismo formula la respuesta: "*Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único*, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Jn 3 16). Cuando Jesús pronunciaba estas palabras en el diálogo nocturno con Nicodemo, su interlocutor no podía suponer aún probablemente que la frase "dar a su Hijo" significaba "*entregarlo a la muerte en la cruz*". Pero Juan, que introduce esa frase en su Evangelio, conocía muy bien su significado. El desarrollo de los acontecimientos había demostrado que ése era exactamente el sentido de la respuesta a Nicodemo: Dios "ha dado" a su Hijo unigénito para la salvación del mundo, *entregándolo a la muerte de cruz* por los pecados del mundo, *entregándolo por amor*. ¡"Tanto amó Dios al mundo", a la creación, al hombre! *El amor* sigue siendo *la explicación definitiva de la redención mediante la cruz*. Es la única respuesta a la pregunta "¿por qué?" a propósito de la muerte de Cristo incluida en el designio eterno de Dios.

El autor del cuarto Evangelio, donde encontramos el texto de la respuesta de Cristo a Nicodemo, volverá sobre la misma idea en una de sus Cartas: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que *él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados*" (1 Jn 4, 10).

10. Se trata de *un amor que supera incluso la justicia*. La justicia puede afectar y alcanzar a quien haya cometido una falta. Si el que sufre es un inocente, no se habla ya de justicia. Si un inocente que es santo, como Cristo, se entrega libremente al sufrimiento y a la muerte de cruz para realizar el designio eterno del Padre, ello significa que, en el sacrificio de su Hijo, *Dios pasa* en cierto sentido más allá del orden de la justicia, para revelarse en este Hijo y por medio de Él, con toda la riqueza de su misericordia –"Dives in misericordia" (Ef 2, 4)–, como para introducir, junto a este Hijo crucificado y resucitado, su misericordia, su amor misericordioso, en la historia de las relaciones entre el hombre y Dios.

Precisamente a través de este amor misericordioso, *el hombre es llamado* a vencer el mal y el pecado en sí mismo y en relación con los otros: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mt 5, 7). "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros", escribía San Pablo (Rom 5, 8).

11. El Apóstol vuelve sobre este tema en diversos puntos de sus Cartas, en las que reaparece con frecuencia el trinomio: redención, justicia, amor.

"Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados por el don de su gracia en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús... en su sangre" (*Rom 3, 23-25*). Dios demuestra así que no desea contentarse con el rigor de la justicia, que, viendo el mal, lo castiga, sino que ha querido triunfar sobre el pecado de otro modo, es decir, ofreciendo la posibilidad de salir de él. Dios ha querido mostrarse justo de forma positiva, ofreciendo a los pecadores la posibilidad de llegar a ser justos por medio de su adhesión de fe a Cristo Redentor. De este modo, Dios "es justo y hace justos" (*Rom 3, 26*). Lo cual se realiza de forma *desconcertante*, pues "*a quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él*" (*2 Cor 5, 21*).

12. El que "no había conocido pecado", el Hijo consubstancial al Padre, cargó sobre sus hombros el yugo terrible del pecado de toda la humanidad, para obtener nuestra justificación y santificación. Este es *el amor de Dios revelado en el Hijo*. Por medio del Hijo se ha manifestado *el amor del Padre* "que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (*Rom 8, 32*). A entender el alcance de las palabras "no perdonó", puede ayudarnos el recuerdo del sacrificio de Abraham, que se mostró dispuesto a no "perdonar a su hijo amado" (*Gén 22, 16*); pero Dios lo había perdonado (*22, 12*). Mientras que, a su propio Hijo "no lo perdonó, sino que lo entregó" a la muerte por nuestra salvación.

13. De aquí nace la *seguridad del Apóstol en que nadie ni nada*, "ni muerte ni vida, ni ángeles... ni ninguna otra creatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (*Rom 8, 38-39*). Con Pablo, la Iglesia entera está segura de este amor de Dios "que lo supera todo", última palabra de la autorrevelación de Dios en la historia del hombre y del mundo, suprema autocomunicación que acontece mediante la cruz, en el centro del misterio pascual de Jesucristo.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Con afecto dirijo ahora mi saludo a los peregrinos de América Latina y de España presentes en este encuentro.

De modo especial, mi más cordial saludo deseo dirigirlo al grupo de Sacerdotes y hermanos Claretianos misioneros, que participan en Roma en un curso de renovación espiritual. Que este período de estudio y oración sea un estímulo más para que vosotros, que anunciáis generosamente en los diversos continentes la Buena Nueva del Reino de Dios, estéis siempre en íntimo contacto con la persona de Cristo: camino, verdad y vida.

Asimismo me es grato saludar a los peregrinos de la población navarra de Tafalla, a los de la

parroquia "San Pedro" de Caracas, al grupo de matrimonios de Colombia, así como a la peregrinación uruguaya, organizada por el Instituto "María Auxiliadora" de Montevideo. Que la Palabra de Dios renueve y santifique siempre vuestras vidas y vuestros hogares. Y que la Virgen María sea vuestra Madre y Señora.

A todos imparto complacido mi bendición apostólica.